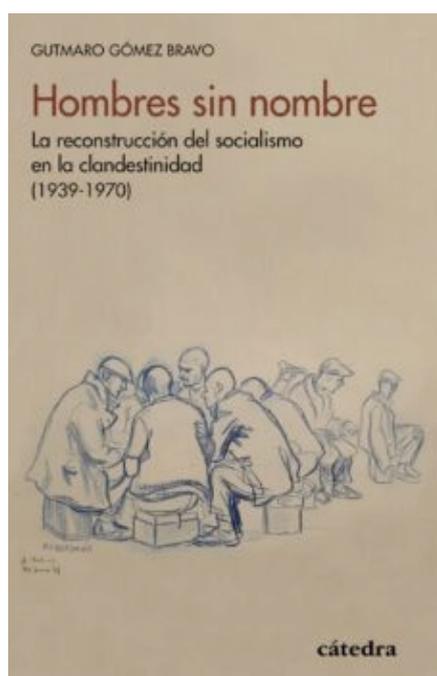


# Hombres sin nombre. La reconstrucción del socialismo en la clandestinidad (1939-1970)




---

GUTMARO GÓMEZ BRAVO, *Hombres sin nombre. La reconstrucción del socialismo en la clandestinidad (1939-1970)*, Madrid, Cátedra, 2021, 352 páginas.

---

**Diego Martínez López. Universidad Francisco de Vitoria**  
diego.martinezlopez@ufv.es

Al contrario que el Partido Comunista<sup>1</sup>, el socialismo aún tenía pendiente la recepción de un estudio serio y documentado que actualizase la versión imperante hasta la fecha en la historiografía al respecto de sus intentos de reconstrucción en el interior de España durante la dictadura franquista<sup>2</sup>, especialmente en lo tocante a los años críticos del denominado primer franquismo, duramente marcados por la represión, el hambre y la reclusión.

---

1. F. Hernández Sánchez, *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953)*. (Barcelona: Crítica, 2015); C. Fernández Rodríguez, *La reorganización y la oposición del PCE al franquismo (1939-1946)*. (Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2020).

2. A. Mateos López, *El PSOE contra Franco: continuidad y renovación del socialismo español, 1953-1974*. (Madrid: Pablo Iglesias, 1993); A. Mateos López, *Exilio y clandestinidad. La reconstrucción de UGT (1939-1977)*. (Madrid: UNED, 2002); J.M Martínez Cobo y C. Martínez Cobo, *Intrahistoria del PSOE*, 4 vols. (Barcelona-Madrid: Plaza y Janes-Pablo Iglesias, 1989-1995); S. Juliá, *Los socialistas en la política española, 1879-1982*. (Madrid: Taurus, 1997); M.A. Menéndez, *Los archivos secretos del PSOE en el exilio*. (Madrid: El Ángel, 2017).

Ese, unido al rescate del individuo anónimo, verdadero artífice de la reconstrucción y del mantenimiento del partido (PSOE) y sindicato (UGT) hasta la Transición, son las dos grandes aportaciones de la nueva obra del profesor Gómez Bravo, quien ha dado forma a un trabajo esencial y necesario que descansa sobre una perspectiva de análisis propia de la historia social y sobre una ímproba labor documental que, a lo largo de más de una década, ha llevado al autor a consultar nada menos que 16 archivos nacionales e internacionales que van desde el Archivo General Histórico de la Defensa a los fondos custodiados por la Fundación Pablo Iglesias, pasando por el Centro de Archivos Diplomáticos de Nantes o los registros estadounidenses de la CIA.

Sobre esta base se construye una investigación que se estructura en torno a tres partes bien diferenciadas compuestas por dos, tres y dos capítulos respectivamente. La primera de ellas está dedicada al decisivo arco cronológico que va desde 1939 hasta 1943, marcado irremediablemente por el golpe de Casado, el final de la Guerra Civil y el inicio de la reconstrucción clandestina del partido. Así, el punto de arranque de la obra toma como referencia la honda división interna que los últimos meses de la contienda causaron entre la filas socialistas y que, a la altura de marzo de 1939, estaban esencialmente representadas por el presidente Juan Negrín y la habitualmente olvidada figura de Julián Besteiro, miembro del Consejo Nacional de Defensa tras su configuración por el coronel Casado y personalidad decisiva en torno a la que trataría de reagruparse el socialismo durante los instantes finales del enfrentamiento. Certificada la “rendición sin condiciones” y sin tiempo para dar forma ni una auténtica evacuación ni un plan de paso a la clandestinidad, el socialismo y los vencidos serían golpeados sin piedad por el nuevo orden, cuya furia represiva “y los fantasmas de la guerra, proyectados durante décadas de aislamiento y dictadura, marcaron el comienzo de un trauma político y social sin precedentes en la historia contemporánea española” (p.42).

La guerra, los trabajos forzados, y los espacios de reclusión forjarían la identidad de un primer núcleo de socialistas que no tardaron en ver como los integrantes de los primeros comités, formalmente configurados el 21 de marzo en torno a una nueva Comisión Ejecutiva que certificó la escisión interna del socialismo, perderían la vida en las prisiones y campos de concentración. En el de los Almendros se escribiría precisamente el primer *Manifiesto* que circularía entre los socialistas presos en las cárceles de la posguerra; y en el penal de Carmona fallecería el 27 de septiembre de 1940 el propio Julián Besteiro, cuya condena a reclusión perpetua hacía poco más de un año puso fin a toda esperanza de revivir una experiencia similar a la experimentada durante la dictadura de Primo de Rivera. A partir de entonces, todo debía quedar aplazado. “Su primera obligación era mantenerse con vida” (p.60) y sobrevivir a la cárcel, escenario primordial de su calvario, pero también su principal fuente de moral y articulación de “la función política de sus vidas” (p.59). La represión y la experiencia penitenciaria del franquismo, tan bien conocidas y sintetizadas a lo largo del primer capítulo por el autor, servirían pues como primer nexo de unión del socialismo y sentarían las bases sobre las que, desde el control de los puestos en los recintos, hasta el trabajo con población libre y la salida en libertad condicional en virtud del sistema de Redención de Penas, se iniciaría un primer esfuerzo de reconstrucción que pronto chocaría con la nueva sociedad de posguerra.

Con los elementos directivos en cautividad, la reorganización en el exterior pasaba esencialmente por la voluntad y esfuerzo de decenas de militantes anónimos decididos a no darse por vencidos. Empleando una estructura básica similar a la empleada en la cárcel, se dio lugar a una serie de células básicas de no más de siete personas que, empleando las viejas secciones sindicales de UGT, los contactos de los antiguos tesoreros y un sistema de enlaces entre responsables de sector y las prisiones, lograron dar un primer impulso decisivo a la reconstrucción precisamente en la capital, en donde barrios como Fuente del Berro o espacios públicos como el Bar Chamberí, se tornarían en auténticos centros neurálgicos en los que debatir, distribuir la reiniciada impresión de *El Socialista* o recoger la contribución de 2 pesetas fijada para auxilios y abogados. La falta de comprensión de las nuevas reglas de la sociedad, unido al funcionamiento por células desprotegidas, se tradujo en un desmantelamiento permanente por parte de las autoridades policiales. Aún así, en mayo de 1944 se dio a luz a la primera Comisión Ejecutiva del Partido Socialista tras la Guerra Civil, encabezada por un Juan Gómez Egido que ya había confirmado en prisión la necesidad de romper con el comunismo también en las Juventudes y que apenas llevaba un mes en libertad condicional.

Las bases de la reconstrucción habían sido fijadas un mes antes en un merendero de la madrileña Dehesa de la Villa, en un encuentro crucial que solo pudo ser posible tras la reactivación de la comunicación con otras sedes provinciales. A esta primera línea de contactos, le sucederían otras no menos trascendentales como las de Toulouse a través de Bilbao o México a través de Vigo, lo cual afianzó la endeble estructura que, aún con todo, permitió controlar un Madrid dividido en cuatro sectores de donde partía la información, documentación y propaganda que se distribuía entre las provincias. El 5 de octubre de 1944 se anunció la configuración de la conocida como Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas (ANFD), un pacto decisivo con los anarquistas y los republicanos que supuso un espaldarazo a la organización clandestina, pues permitió afianzar el contacto con los aliados y el conocimiento del avance de la Segunda Guerra Mundial, telón de fondo de este periodo inicial de la reconstrucción. En febrero de 1945, mientras el avance de la contienda en Europa hacía presagiar el fin próximo de la dictadura, la Brigada Político Social asestó un golpe mortal a la primera ejecutiva socialista. Conocían a la perfección su estructura y funcionamiento y todos los implicados fueron sometidos a un consejo de guerra. Entre los encausados, figuraban dos mujeres responsables de haber colaborado con algunos textos en la elaboración de *El Socialista*.

A pesar de que muchas se sintieron despreciadas y relegadas a un plano secundario por el partido, lo cierto es que las mujeres jugaron un papel activo también en la primera línea de la reconstrucción. Con su decisiva participación como enlaces con la prisión y una labor equivalente a la de sus compañeros masculinos en los comités de las prisiones hasta obtener la libertad condicional se da comienzo a la segunda parte de la obra, centrada en el periodo que va desde 1945 hasta 1954 y que narra la formación, evolución y caída de hasta siete nuevas ejecutivas del interior, un desafío mayúsculo que estuvo a punto de causar la desaparición del socialismo en el interior y que marcó un punto de inflexión por la necesidad de que el exilio en Francia asumiese su reconstrucción.

Antes de ese momento, cuando “las cárceles eran aún el centro de la toma de decisiones en un momento, política y emocionalmente, decisivo” (p.131), habían nacido los

*Hombres sin nombre*, una figura propia diferenciada del exilio con la que los socialistas del interior comenzaron a asentarse en el imaginario colectivo y organizativo de la posguerra. De la mano de Eduardo Villegas, líder de la Segunda Comisión Ejecutiva, iniciaron una labor de liderazgo de la estrategia clandestina que, dada la mortífera coyuntura, hubo de basarse en el refuerzo de la ANFD y en la apuesta por una política de pacto amplio a izquierda y derecha. La tensión con el exilio, la imposibilidad de generar consensos en torno a los acuerdos con otras fuerzas políticas y el permanente azote de las autoridades policiales, marcarían transversalmente un periodo crítico e irreversible en el que el refuerzo internacional de la dictadura, sumado a la desaparición definitiva de la guerrilla socialista y el ataque despiadado a sus bases sociales por parte del Régimen, hicieron comprender al interior que la caída de Franco dependía enteramente de ellos.

El éxito de la huelga de tranvías de Barcelona en 1951 demostró que la estrategia sindical elegida era la correcta, pero también sirvió para espolear a la acción represiva de la dictadura. En febrero de 1953 se inició una nueva ronda de detenciones que conduciría hasta la cúspide de la VII Comisión Ejecutiva y se saldaría con el asesinato de Tomás Centeno, presidente de la misma, y con la caída del archivo del PSOE y UGT en Madrid, condenando a la organización a un desmantelamiento parcialmente definitivo. Con el interior descompuesto y la extensión de la desconfianza interna, el exilio asumiría la reconstrucción del interior, sembrando la semilla de un enfrentamiento que acabaría por escindir nuevamente el Partido en 1972.

En este contexto adverso se da comienzo a la tercera y última parte de la investigación, centrada en abordar el cambio generacional sufrido por el socialismo y el rastreo de las problemáticas surgidas por la nueva coyuntura hasta el año 1970, década que actúa de límite definitivo al estudio. Se trata a su vez del apartado más irregular y tal vez menos trascendente de toda la obra y, el hecho de que el autor no decidiera ampliar el análisis hasta el inicio de la Transición obliga a pensar que, tal vez, hubiera resultado positivo acotar el trabajo a una cronología diferente. En cualquier caso, la narración aborda la irreductible ruptura con las posturas del exilio que se produjo desde la segunda mitad de los años 1950 y, más duramente, durante el desarrollismo, así como los esfuerzos desplegados por el interior por reafirmar su unicidad y libertad de acción. El inmovilismo táctico y la desautorización de toda estrategia que pudiera considerarse entrista, acabó confirmando tras el éxito de la "Huelgona" en Asturias en 1962 el grave error táctico del socialismo español que ya no podía ser controlado desde el exterior. Finalmente, en 1970, la Ejecutiva regresó al interior, haciéndose cargo de una transformación absolutamente innegable que acabaría dividiendo al Partido entre la nueva juventud y los elementos tradicionales.

Con un breve epílogo se pone el broche final a un libro básico que, además de poner en valor las calladas contribuciones del militante anónimo, rompe con la concepción dominante e influida por la propia dictadura de que fue el PCE el partido que monopolizó la oposición antifranquista y demuestra que la reconstrucción del socialismo en la clandestinidad durante el franquismo estuvo lejos de orbitar en torno al exilio.